

Francisco Cuadra Pinto

Mi encuentro con Lautaro García

MAÑANA. Luz gris de estos primeros días primaverales. Santiago no se desprende aún de un extraño vaho desleído. Árboles jaspeados de verde y oro. Sucio y destartalado edificio: en él estudian áridos prolegómenos los que más tarde han de agostar su vida en la enseñanza. Corredores fríos de anticuada construcción colonial. Muchachas de ojos grandes y pintados. Muchachos de ojos inquietos algunos; abúlicos, desencantados, la mayoría. He entrado a la Biblioteca. La puerta cruje. La sala es oscura, con el aire aprisionado en ella. Primeras horas de atención. Un silencio tranquilo invade la sala a estas horas. Un grupo de alumnos hojea afanoso rancios libros de Literatura Medieval Española. A la entrada—a la izquierda— la bibliotecaria mira por sobre sus anteojos de marco negro. Ha envejecido junto con las ediciones de muchos libros. Para ella no ha habido una segunda edición; es ella su propia edición «príncipe». Su rostro arrugado tiene la apariencia de una amarillenta página de Menéndez Pelayo o del Arcipreste de Talavera. Con sus ojillos semiapagados de tanto escrutar, vigila. He pedido un libro casi sin fijarme en su autor. Está en mis manos, con sus hojas lozanas de dedos hurgadores y de ojos atentos. Su título: «Imaginero de la Infancia». Su autor: Lautaro García. ¿Quién es Lautaro García?

¿Es el mismo don Lautaro a quien conozco y a quien visito de raro en raro en su oficina de redacción? Leo. Una luz diáfana ilumina las páginas de este «Imaginero». Una fragancia a poesía honda, sincera, vital, se desprende de sus capítulos. Una emoción leve, tenue, desgarrante, trasciende de sus evocaciones. ¿Es éste Lautaro García el que yo conozco? Sólo ahora acabo de conocerlo, de encontrarlo en esta horrible sala. Acabo de descubrir su alma—más que ello—su sensibilidad vibrante, como tenso canto de gorrión. Alzo mis ojos. En mi espíritu resuena la límpida poesía de Lautaro García—poesía cordial, alimentada por auténtica herencia hispana. Nutrida por la poesía de Juan Ramón Jiménez, a quien Lautaro García ama con sencillez de corazón.

Pienso y mis pensamientos van hacia compañeros que estudian con devoción a Unamuno, Azorín, Valle Inclán; a Racine, Molière, Corneille. Compañeros nacidos a la vida del intelecto en este chato y deprimente edificio; no saben de la existencia de un «Imaginero de la Infancia», olvidado en las fichas de una Biblioteca. Amargo destino el de los escritores nacionales verdaderamente artistas, cuya resonancia espiritual se pierde en la confusa baraúnda de voces extranjeras. ¿Por qué este ignorar nuestro *hecho literario*. No desatiendo a su pequeñez, pero tampoco puedo olvidar que está en su período de iniciación y formación. En él, «Imaginero de la Infancia» resalta con las características de obra acabada, aunque no perfecta. En su prólogo y capítulos iniciales hay una íntima emoción que se enquista suavemente en el espíritu del lector. Las evocaciones están dichas con el tono menor de los recuerdos amables, de los acontecimientos idealizados, de las personas que viven en la bruma sutil de la ausencia. La fina sensibilidad del poeta revive la infancia, no la infancia externa de intensa dinámica, sino esta infancia interior, subjetiva, que nos explica la estructuración espiritual del individuo, cuya resultante lógica es el homo adultus. La estética del poeta alcanza—por instantes—una filosofía de

dulce desencanto; ella nos informa una niñez solitaria, en la cual, la fantasía halla su medida total en la imaginación creadora. Empero, no puedo dejar de anotar que la infancia del poeta está narrada ¿o descrita? no desde un mundo infantil, sino desde el mundo en que vive el poeta hecho hombre integral: psiquis, materia y espíritu. En esta posición estriba el defecto y peligro mayores de «Imaginero». ¿No habría mayor honradez en el proceso evocativo si el poeta hubiese conservado el tono de cordial intimidad de sus capítulos primeros, sin disgregarse ni desensibilizarse en el aspecto anecdótico? Este era el peligro al que lo conducía la posición «adulta» para enfrentar a la infancia.

En el anecdotario he hallado al Lautaro García que conozco ex littera. Las anécdotas se impregnan de malicia cazurra, como la de aquel vendedor ambulante que pregona mercancías que no lleva consigo, porque el pregón es «así». Este anecdotario—más o menos sostenido a través del libro—revela las innatas posibilidades de Lautaro García como novelista picaresco, modalidad literaria de honda repercusión en España. (Básteme recordar las «Nuevas Aventuras del Lazarillo de Tormes», audaz remozamiento debido al extraordinario José Camilo Cela). Sé que Lautaro García prepara un nuevo libro. Sé que en él ha ahondado en el aspecto picaresco. Tal vez con este su libro último, podamos afirmar la aparición del picarismo en nuestra Literatura para que sacuda la modorra enervante en que se debate.

«Imaginero de la Infancia» es el libro de un poeta. De un auténtico poeta, sin contaminación con estas larvas espurias que pululan e infectan nuestra poesía. No es la poesía de Lautaro García mera acumulación de vocablos con relativo gusto ni gritos elegíacos y eróticos, plagados de voces exóticas, cuyo esotérico significado ignoran sus propios «creacionistas». En la poesía de «Imaginero» hay profundidad filosófica. Hay observación de fina y penetrante psicología. Esta última faceta es la que debe conocerse mejor. La fantasía y la imaginación—

chapiteles que consolidan la infancia psíquica—juegan en el libro de Lautaro García el papel *exacto, preciso, real*. Ambos aditamentos están comprendidos en extensión y profundidad, relacionados con el estudio psicológico que los aúna y transforma en unidad: el ensueño. Esta es la razón por la que niego a Lautaro García la categoría estética de creador, porque su «Imaginero» es la más realista recreación. Mi aseveración no debe estimarse como depreciativa, puesto que ella es la que da al poeta su calidad privativa, ya que la re-creación exige condiciones espirituales propias de la sensibilidad poética.

Se compadece con esta sensibilidad, la filosofía de resabios pesimistas, al establecer las relaciones que median entre el mundo infantil y el mundo de los adultos. Hay en el primero más generosidad, más lealtad con los sueños y evasiones en busca de un universo ideal; cualidades todas que el hombre pierde por el crudo contacto con la realidad. Para el poeta, los hombres pueden dividirse en dos categorías fundamentales: hombres que han nacido con destino de árboles, y hombres con destino de pájaros, saturada el alma por la sed de caminos ignorados; de paisajes desconocidos, vislumbrados tan sólo en la imaginación. Los hombres-pájaros son los que entregan su espíritu, sus sueños y sus ansias para hacer comprender—sin amargura ni pesimismo— que la felicidad no es más que «una palabra vana inventada por los hombres que tienen miedo de vivir y la tristeza una agua turbia en que se sumergen los que no saben soñar».

El vagabundaje por diversos pueblos sureños—militar era el padre— le dió al poeta los elementos estéticos que modelaron su sensibilidad y lo encasillaron en la escogida clase de hombres que viven hacia adentro. Este intimismo es la base de «el poeta» que, insisto, en su mundo, no ignora el exterior, pero sabe resguardar las posibilidades creadoras de su estro, de su inspiración.

El sentimiento trágico que impregna a la Literatura Española en cualesquiera de sus proyecciones, hállase también en «Imaginero»: la muerte. No olvidemos que he anotado dos ca-

racterísticas suficientes para desvirtuar la arraigada creencia de que nuestra Literatura está casi exenta de influencia hispana. Anejadas a estos sentimientos, están sus causas y consecuencias lógicas, como son el silencio y la soledad. Ambas sensaciones las observa el poeta con exacta visión introspectiva: «Triste privilegio espiritual es para un niño el tener la facultad de desdoblarse y experimentar la sensación de que su alma muchas veces siente la extrañeza del cuerpo que habita. Este poder de introspección, cuyos dominios lindan con el delirio, hizo que desde pequeño huyera de la soledad nocturna, poseído por el temor de quedarme a solas conmigo mismo. El silencio me ha hecho respirar un clima denso y obsesionante. Envuelto en sus finas mallas de meditación me parece como que el alma se me escapa de su cárcel de arcilla percedera y se coloca frente a mi razón para advertirme que no me olvide del otro yo, que vive replegado en el fondo de mi subconsciente. Entonces se apodera de mi ser una clara y terrible conciencia de la fragilidad de nuestra unidad de cuerpo y espíritu, y comprendo como nunca, el sonambulismo con que caminamos por la vida. Por eso siempre he despertado en la obscuridad con la angustiosa clarividencia de la inutilidad de nuestros afanes, por escapar a la ley inexorable del tiempo, por librar los sueños de la realidad».

Valga la extensión de la cita para el conocimiento directo del poeta y apreciar la profunda línea psicológica de su obra. Curioso es anotar que la observación psicológica en nuestra Literatura es mantenida casi exclusivamente por *escritores*. Ahondar en el espíritu, explicar las reacciones externas mediante un mecanismo psíquico, buscar la razón última de las acciones de los personajes, es labor extraña a nuestros autores. Estiman, tal vez, que el individuo puede escindirse en espíritu y materia, olvidando la unidad esencial de todo ser vivo. ¿O es más fácil la pintura física que la espiritual? ¿No es esta pintura la que da la tónica de superficialidad, de menor calidad literaria? ¿O esta deficiencia se debe a falta de formación filosófica, intelectual,

de nuestros autores? Estimo que la mayoría de los escritores nacionales pertenecen a la hueca categoría de «creadores espontáneos», es decir, de súbitas erupciones de inspiración, sin mayor consistencia que la momentaneidad.

La belleza de lo primitivo resalta en «Imaginero». Relacionase con la belleza pura en sí, de la que sólo atisban su esencia los que tienen el alma niña. El poeta espiritualiza un paisaje de su infancia y, al desgranar de los años, vuelve a recontemplar el paisaje que ha llevado consigo. Al mirar la proyección física, comprueba la incoherencia, la negación de su paisaje ideal, la eterna oposición entre ensueño y realidad. Pero, al fijarse un día—adulto ya el poeta— en el paisaje pintado por un anónimo artista primitivo, halla en él a «su» paisaje: «ante mis ojos maravillados se volvía a abrir aquella ventana de mi infancia... Una especie de superstición poética me ha hecho seguir creyendo en aquel paisaje irreal que yo y un pintor anónimo imaginamos con los mismos ojos de niño».

«Imaginero de la Infancia» tiene un inexplicable final que rompe la unidad poética. Esto no se lo perdono a Lautaro García. ¿Por qué este final elegíaco, quejumbroso, más concorde con una novela de exacerbado erotismo? ¿Por qué este acumulamiento de sensaciones negativas, oprimentes? ¿No ha evocado el poeta la diáfana luminosidad de la infancia? ¿No ha conseguido instruir la esencia de la fantasía creadora, para que al final arremeta contra ella, desintengrándola? El epílogo de «Imaginero» es monstruoso en relación con la tersa, límpida, sugerente, poesía que lo precede. ¿O es que pretendió hacer un tardío homenaje a un «amor» idealizado por el intelecto, negador de la poesía?

Es «Imaginero de la Infancia» un libro capital en nuestra Literatura, olvidado; ignorado su valor estético, aun por los escasos estudiosos y amantes de nuestro hecho literario. Debe ser conocido y difundido por los profesores de literatura, cuyas cátedras están faltas a menudo de reales valores nacionales. Es

«Imaginer» el libro de un verdadero poeta, en el que la sensibilidad se ha refinado para recrear este evocario tierno, sincero, delicado, del mundo con el que todo hombre debiera mantener la relación necesaria para soñar y amar la vida en lo bello, en lo bueno, a pesar de la adultez.

Levanto mi mirada. La Biblioteca es ahora una «colmena» bullanguera. El letrero que pide silencio cuelga patético de un clavo solo. Los hombres no saben soñar. Han ovidado el patrimonio que los acerca a Dios. A la eternidad inescrutable. Por una ventana de vidrios sucios, opacos, miro pasar—¡Oh, eternidad!—estas diáfanas, tersas, algodonadas nubes de primavera.